

Movimiento perpetuo



Jacobo Viveros
Granja*

“y la música empezó a refractarse”.

Paradiso, José Lezama Lima

Las cosas ocurren en forma de consecuencias, al punto que las causas se sumergen y nadie las encuentra. Atenea inventa el aulós para repetir el quejido de las Gorgonas, y con el tiempo ya nadie recuerda ese origen, solo interpretan el instrumento. No se sabe por qué, pero hace algunos días Isidora tejía en el aire, o eso era lo que se veía por la ventana; podía ser un autómata de Hoffmann; sin embargo, era de carne y hueso (como si con eso bastara para ser humano). Las manos no eran toscas y pese a ello tenían manchas como las de las paredes.

Lo cierto es que ella estaba atrapada en un campo electromagnético, por eso su mano entraba en esos tejidos, luego averiguarían que interpretaba el teremín. También esto era una consecuencia porque aquel instrumento fue el resultado de una investigación ordenada por un gobierno. ¿Y si no hubiera causas?, ¿o si las causas las recogiera un sátiro?

En fin, entrar en esa habitación era imposible, todos imaginaban invisibles hilos a manera de barras de celda que al tacto sonaban. Raab, su vecina, vendía trompetas marca Jericó con las cuales se podían desactivar (“derrumbar”) muros de sonido,

* Escritor y docente del programa y la maestría en Creación Literaria de la Universidad Central.

muchos compraron algunas para turnarse y probar si era posible atravesar el campo electromagnético. Pero tantos planes para invadir su cuarto no eran necesarios, solo debían abrir la puerta y hablarle, ella permitiría que se sentaran a escucharla, eso sí, las partituras estaban regadas por el suelo, no por un estereotipo artístico que exigía la condición del desorden, sino porque la ventana siempre abierta dejaba entrar al viento, como en un poema inglés cuando los rayos del sol ingresan y tocan a quien duerme...

Entraron (eran las tres de la tarde), y los sonidos se activaron, quien primero pasó fue Lucía, vio una pintura que parecía antigua. Ese día se puso una camiseta negra que decía *Crab Canon*, fue lo primero que encontró, se puso las botas cuyas suelas hacían un sonido molesto al caminar, el chaleco de parches y el llavero que colgaba de su maleta, el cual sonaba como una campanita molesta.

—Los que ves allí son momias del pasado... Rugendas, ¿lo conoces?

La joven negó con la cabeza y se acercó a la pintura y, mientras lo hacía, atravesó sin problemas el campo electromagnético que produjo un sonido (si hubiera sido una película, dirían que mágico). Tal vez las personas desviaban las cosas. Unas imitaciones de silbatos aztecas traídos de Mictlán esperaban ser utilizados.

—El de allá es un señor de apellido Bello, el de acá es Bartolomé Mitre y el otro tiene nombre de día de la semana con un apellido que empieza por “s”...

—Sarmiento —respondió la muchacha, intrigada porque era imposible que existiera dicha pintura.

La mujer de la habitación tenía una larga falda y por debajo llevaba un armazón, esa estructura del siglo XIX, ¿cómo se llamaba?, ¿crinolina?

—Usted se parece a la de la foto color sepia —Señaló Lucía indicando una imagen. La palabra “sepia” le supo a óxido.

—No —se rio la mujer (a quien habría que darle ya un nombre a estas alturas del cuento, llamémosla “Isidora”, olvídenlo, arriba ya mencionamos su nombre)—, es María Ignacia Zegers,

estas que ves en la mesa y en el piso son composiciones de ella inéditas, las trajo el viento. ¿Escuchas?

“Las trajo el viento” repitió Lucía queriendo descifrar qué significaba eso, ¿el azar?, ¿un hijo?, ¿un mensajero anónimo?, ¿ella misma? Pensó en algún instrumento que deformara el rostro al soplar... Isidora volvió a su teremín y tejía en el aire como cuando la observaron Lucía y Francisca desde la ventana del frente, un afiche decorado con aerosol mostraba a Lydia Kavina con su mano controlando el volumen.

—Las clases con esa intérprete rusa son como formas de controlar el aire, ¿no les parece?

Las dos jóvenes casi no hablaban al contestar, asentían con la cabeza, decían “sí” o “no” con sonidos, ellas eran instrumentos musicales de inciertas respuestas. Hay cosas que no cuadran en esta historia, ¿cómo entraron a la casa las dos muchachas?, ¿por qué la artista no se sorprendió de ver a dos desconocidas en su habitación?, ¿cómo se daba cuenta de las cosas que Lucía y Francisca detallaban?

—Señora Isidora, nos enviaron para entrevistarla y fotografiar el lugar donde vive... la gente tiene miedo de entrar porque dice que está protegida por una celda de electricidad que no se ve —soltó toda la información una de ellas, quizás Francisca que no aguantaba ser prudente, que estaba pensando en el tiempo que perdía acá, en los minutos en que no debía sacar su celular porque sería grosero y, a la vez, había un poco de vergüenza por “no valorar” este momento.

—¿Como si además de interpretar este instrumento, estuviera dentro de él? —respondió Isidora con ironía (aunque la simbología le gustaba). Lucía quería sacar su cámara para grabar pero la propia mano la detenía.

En esa habitación había una atmósfera de otra época, las dos visitantes se sentían en un salón del siglo XIX, la intérprete no era distinta a los retratos en blanco y negro que había por el lugar y sus recuerdos no daban pistas de la época en que vivió. Por ejemplo, cuando se acordó de los crímenes que ordenó cometer Bolívar, habló del militar como si lo hubiera conocido (les mostró una partitura en colores que recreaba el suceso); luego saltó a la vez en que escuchó a Maruja Hinestrosa en el piano, “la primera

vez que escuché *El cafetero*”, pensó en voz alta... “el presidente Ospina no sabía dónde estaba”.

—Tomen las fotos que deseen y graben lo que quieran, de todos modos, las imágenes se velan fácilmente. Yo misma intenté hacerlo hace unos días y miren cómo quedó todo.

La señora les pasó las fotos y parecían atravesadas por un blanco del huevo crudo o esos fantasmas de los programas de “misterio” (sus uñas eran pequeños daguerrotipos o experimentos de John Cage). Las jóvenes solo contestaron que “gracias” y, mientras registraban lo que podían, la compositora les habló de los colores que antes habitaban ese cuarto:

—Ya no se ve mucho pero aún se alcanza a ver algo de rojo y verde en ese lado de la pared, ¿lo ven? Scriabin me explicaba que el primero era do y el segundo, la.

—¿Por qué no volvió a salir? —preguntó Lucía, y no entendía el porqué de esa pregunta, alguien le había implantado esas palabras, apretó sus labios dolorosamente como lo hacía siempre que se autocastigaba por haber cometido algún error. Su amiga se rio en silencio mientras contestaba mensajes en su celular. Se decían tantas cosas: que Isidora se retiró de todo después de lo que sucedió en el Palacio de Justicia¹; que le bastaba deambular por ciertas calles mientras dormía siguiendo un método creado por Lovecraft; que alguien en verdad la tenía encerrada y la prueba era que la nevera estaba llena de comida, todo permanecía en orden y limpio (salvo su cuarto) y cada historia era más alejada de una posible y simple respuesta.

Isidora les explicó que era falso que se hubiera recluido para no salir nunca más de allí, “lo que pasa es que me muevo en el tiempo, no en el espacio”.

—Pero “desplacémonos” por las calles y conversemos un rato —sugirió con ironía, las dos jóvenes quedaron confundidas, iban a salir las tres, el chisme de que la artista no salía de su casa se desmoronaba, una gota de agua que caía sobre una tapa de

1 A los compositores se les permitió crear obras que contaran lo sucedido, pero las partituras eran custodiadas por unos militares, los artistas no debían salir de sus casas. Eran Galileos frente a la Iglesia.

metal, ahora se escuchaba con más fuerza, el teremín sonó solo, las manos invisibles del viento interpretaban con burla un adiós.

Esta era la forma disimulada como Isidora sacaba a la gente en otro tiempo cuando se hartaba de las visitas, llegaba un momento en que solamente quería que todos se fueran; bajaron las escaleras y Francisca alcanzó a observar un piano con teclas de colores (lo fotografió rápidamente), estaba semiescondido, similar a un niño al que habían castigado y se asomaba con temor y curiosidad, quien veía ese instrumento sentía la vibración, hasta unas figuritas recortadas en papel saltaban.

—¡Francisca! Te estamos esperando —llamó la voz violeta de Lucía, la luz de la calle aprovechó para entrar y se escabulló por el corredor con un leve ruido, similar a una bomba que se desinfla en el aire. Al cerrarse la puerta sonó un harpa.

—Es mi celular —explicó Isidora—, la gente piensa que no uso ningún tipo de tecnología.

El ruido de un tambor que rodaba por el suelo se perdía entre objetos muertos que dormían. Las dos jóvenes estaban cada vez más confundidas.

—Miren, les paso esta hoja, aquí están las típicas preguntas que siempre me hacían cuando venían a entrevistarme, si ustedes tienen otras diferentes pueden hacerlas mientras llegamos a esa fuente, el agua tiene un raro sonido si se concentran.

Lucía y Francisca miraban las preguntas, una de ellas fotografió el papel por si acaso, les llamó la atención que escribiera con colores y que hubiera una correspondencia de los colores con ciertas notas musicales. Isidora se adelantó:

—Fue una recomendación de mi amigo Agustín Schulz, me dijo que les anotara esa tablita de equivalencias, miren que también hay unos símbolos astrológicos.

Francisca le susurró aburrida a su amiga que se fueran ya, la otra asintió con la cabeza y le hizo una señal para que no fuera tan evidente que habían perdido todo interés y que lo mejor era despedirse. Por algo unas manos invisibles se reían.

Las dos jóvenes se internaron en la tarde, ya estaban dentro de ella, y cuando se fueran a despedir, Isidora ya no estaría, ni tendrían consigo la hojita con las preguntas respondidas, mas sus manos estarían manchadas de colores, como si sus

dedos fueran teclas o cuerdas. Guardaron un temeroso silencio porque estaban aterradas con este encuentro, en segundos anocheció, y caminaron lentamente y alguien pudo haber sugerido la tonalidad de mi bemol mayor porque ahora empezaba el misterio para ellas².

Isidora, en otro de sus cuartos, con bombillos que parecían cristales de un único brillo, encendió una vela frente al metrónomo, leyó que un tambor³ podía hundirse en el silencio y que ese silencio era el de “los hombres que” dormían, es decir, el “de los muertos”⁴. “Inauditas/músicas”⁵ (quizás porque nunca antes las había oído). ¿Qué significaba que un instrumento retumbara mientras entraba en el silencio? ¿y que la ausencia del ruido le perteneciera a “ellos”? Miró en el reloj de la pared, y aunque había anochecido, “marcaba” las 3:02 minutos. En los celulares de Lucía y Francisca el tiempo recién estaba en las tres de la tarde, como en alguna historia infantil.

Las causas se sumergen y nadie las encuentra.

Bogotá, diciembre 9 de 2024 ○

2 Este significado de la tonalidad lo explica R. Gener en una conferencia sobre *La flauta mágica*.

3 ¿O un aulós?

4 Arturo, A., *Silencio*.

5 De Greiff, L., *Sonatina en la bemol (Noche morena)*.